

y pocas probabilidades de aumentarlo con los beneficios que pudiera obtener de aquellas deshabitadas comarcas y en que las iguales eran escasas y mal retribuidas. Decidido a ejercer su carrera y a esperar mejores tiempos, en que con más experiencia pudiera opositar a plazas de superior categoría, el Dr. Palarea aceptó el destino que se le ofrecía y rápidamente se trasladó a Villaluenga. Madrid era una ruta de paso, pero le marcaba la dirección a seguir para un futuro que por entonces no podía vaticinar su duración. Su voluntad había elegido el camino que le llevaría al triunfo y a la fama. Muchos pueblos encontraba en su camino que desconocía y en los que no pudo detenerse. Castillos, aldeas, pueblos y ciudades eran atravesadas sin sospechar la proximidad de su vuelta a ellos en ruta distinta a la que llevaba. Su mirada sólo alcanzaba a divisar cultivos, su mente calculaba el número de habitantes y su boca sólo preguntaba el camino seguro y fácil para llegar cuanto antes a su destino. La estrategia le era desconocida y el valor del terreno en su aspecto militar ignorado. Poco tiempo iba a disponer para conocerlo. Las circunstancias le obligarían a ello y la intuición le ayudaría más. Los pueblos y aldeas de Madrid eran sólo paso o parada de la ruta de Villaluenga de la Sagra.

Podemos imaginarnos la impresión que recibiría Palarea al llegar a Villaluenga. La escasez de población, pequeñez del pueblo, pobreza de la comarca y la terrible soledad de llegar a un lugar pequeño, sin experiencia alguna para enfrentarse con una población que en los primeros momentos, sin hostilidad, sólo con curiosidad, le atendería, pero curiosidad corta que pronto ocasionaría el aislamiento. Su juventud—27 años—, inexperiencia de la vida activa y de su carrera para enfrentarse inmediatamente con la vida y con el trabajo profesional, sin encontrar la ayuda de un colega o de un maestro que le asesorase en la práctica, lo que por muy bien aprendido que se lleve de la Facultad resulta insuficiente, hubo de producirle una pasajera depresión de ánimo a su llegada al pueblo toledano, que podría ser con el tiempo su residencia definitiva. Pronto se hizo querer de sus pacientes y los amigos surgieron a su alrededor atraídos por el temperamento enérgico, ingenioso y bondadoso de Palarea, mitad fraile, mitad médico, resultado de un conocimiento perfecto del hombre y de un sentimiento de humanidad hacia todos que aumentaba por días su prestigio. Villaluenga tenía un nuevo médico y en el médico su mejor amigo y consejero.

Pero otras cosas sucedían por entonces en España de las que sólo es-

